

BIBLIOGRAFIA

130). Y por ello, el enraizamiento progresivo de "los problemas de la expresión en los problemas de la constitución, de estos en la condición óptica del propio cuerpo, y de ésta, en la estructura ontológica del ser en el mundo, no puede mantenerse en el paralelismo de un análisis de la vivencia y de un análisis del enunciado" (p. 130). La comprensión de tal estructura de ser en el mundo implica una crítica radical de la relación sujeto-objeto y del primado de la representación y de la función especulativa. La comprensión del propio cuerpo como modo de ser patentiza los límites del discurso analítico y descriptivo de la acción. La diferencia entre ambos métodos estriba, según el autor, en que mientras la fenomenología puede comprender sus límites, el análisis no puede hacerlo, pues "la decisión metodológica de no conocer la experiencia más que en sus enunciados públicos implica el olvido de la cuestión de lo originario, el olvido de la cuestión del origen del sentido" (p. 132).

Se trata, en resumen, de una obra excelente que consigue sistematizar las diversas aportaciones que se han hecho desde ambientes analíticos al tema de la acción. Tal sistematización aumenta su valor a la vista de la escasez de intentos semejantes. De igual modo se muestran muy valiosas las referencias a la filosofía continental que el autor va estableciendo a lo largo del estudio, viendo los posibles paralelismos con Husserl, Merleau-Ponty, Heidegger, etc.

JORGE VICENTE ARREGUI

SCHERER, Georg, *Das Problem des Todes in der Philosophie*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1979, 225 páginas.

Este libro del Profesor de la Universidad de Essen, Georg Scherer, dedicado al *Problema de la muerte en la filosofía*, se propone presentar y criticar las expresiones más importantes sobre el problema de la muerte en la historia de la filosofía. Intenta asimismo ligar esta finalidad puramente histórica a una dimensión sistemática. El punto de partida viene indicado por la situación actual. Esto significa que se propone indicar el sentido que tiene la pregunta filosófica por la muerte en la época de la ciencia empírica.

En este aspecto es importante en primer lugar la concepción de la muerte como fenómeno natural o biológico. Esta comprensión de la muerte, que es hoy defendida todavía por muchos filósofos, remite sobre todo a Ludwig Feuerbach. Incluso es defendida expresamente por H. Marcuse, W. Schulz y W. Kamlah. En ella se pone de manifiesto que, al orientarse por el modelo científico-natural del saber, rechaza las expresiones tradicionales de la metafísica sobre la muerte y la inmortalidad. En W. Schulz se ve claramente que el giro desde la metafísica a la comprensión científica de la muerte tiene un trasfondo histórico-filosófico. La época de la metafísica ha pasado. Vivimos ahora en la época de la ciencia. Por tanto, la filosofía, cuando quiere compren-

BIBLIOGRAFIA

der al hombre en general y a su muerte en particular, tiene que dejar paso a la ciencia.

Con la tesis de que la muerte es un fenómeno natural o biológico hay conectada una exigencia política, a saber: la de apartar todas las causas sociales del fallecimiento prematuro del hombre. Con respecto a las posibilidades que la medicina actual tiene de prolongar la vida del hombre, aún cuando ello a veces carezca de sentido, exige Kamlah una nueva reflexión sobre la vieja cuestión del derecho a la muerte libre. En su "*Ética escéptica*" W. Weischedel parte de la tesis, dogmáticamente presupuesta, de que el hombre pierde totalmente su identidad y de que su fin es inevitable; y saca la conclusión de que es preciso una ética de ese estado en que el hombre está de despedida (*Abschiedlichkeit*). Esta convierte la vida entera del hombre en una continua *meditatio mortis*. Aún quien no comparta los supuestos de Weischedel puede aprender mucho de su libro.

Es importante también el hecho de que Schulz y Kamlah, como representantes de la tesis de la muerte natural, sostienen que, aún debiendo ser comprendida la muerte como natural, es algo paradójico e incomprensible. Aquí ve Scherer una flagrante contradicción. Si la muerte fuese solo un fenómeno natural, entonces el hecho de que el hombre sea el único ser que sabe de la muerte y la tiene ante los ojos mientras vive no podría ser comprendido por ningún pensamiento. Por eso el

autor confronta con las expresiones de Kamlah, Schulz y Weischedel —se trata de tesis sobre la muerte emitidas en los años 1976/1977— la oración fúnebre que Konrad Cramer hizo en abril de 1974 en el entierro de su padre, el filósofo transcendental Wolfgang Cramer. Allí expuso los últimos pensamientos de su padre sobre la muerte. De nuevo surge aquí la paradoja, conectada también para Cramer al saber que el hombre tiene de su muerte. Cramer saca de aquí la conclusión de que el hombre trasciende la naturaleza. Estaba incluso convencido de que el mero saber acerca de la muerte es una prueba de que la muerte es un paso a otra vida. Aún quien no pueda seguir este pensamiento tendría que admitir al menos que por su medio queda descubierta la unilateralidad dogmática de la tesis de la muerte natural.

Con la tesis de la muerte natural se une corrientemente la convicción de la cacareada "expulsión" de la muerte de la conciencia del hombre actual y de la sociedad. Se trata de la disolución de la tradición metafísica y cristiana mediante una actitud ante la muerte dirigida por la ciencia. Por este motivo el autor vuelve al origen de la "tesis referente a la expulsión". Se encuentra en los escritos póstumos de Scheler, en un artículo que lleva por título "Muerte y Supervivencia". Scheler ve aquí una conexión entre la expulsión de la muerte y el "ethos" laboral que caracteriza al hombre moderno. El autor

llega a la conclusión de que la tesis de Scheler referente a la "expulsión" tiene que ser limitada al trasfondo de la crisis de la fe en el progreso, la cual depende estrechamente, en la concepción scheleriana, del "ethos" laboral; mas no por ello es falsa simplemente. Pues quien piense que la tesis de la "muerte natural" sea lo último que el pensamiento puede decir acerca de la muerte, hablará sobre todo de la prolongación de la vida mediante medidas racionales, de suerte que llegue a un modo de conducta —muy conforme por cierto con tal estilo de hombres— que expulsa la muerte de su conciencia.

Se ve que la tesis de la muerte natural no es en sí misma consistente: presupone una comprensión dogmática de la ciencia, y brota en parte de una filosofía de la historia que tiene que ser pensada de nuevo; las viejas preguntas de la metafísica no pueden ser desmontadas tan fácilmente. Dada la problematicidad de la tesis de la muerte natural, ve el autor la necesidad de traer a colación las ideas más importantes de la metafísica sobre la muerte, las cuales adquieren una nueva significación cuando se comparan con la fragilidad de la representación actual de la muerte. El traerlas a la luz no tiene solamente un interés filosófico histórico, sino que sirven para establecer un nuevo punto de partida originario en la pregunta filosófica por la muerte.

Es expuesta la concepción de la muerte en los presocráticos y

la relevante posición de Platón, el cual ha influido más que ningún otro en la tradición occidental sobre la muerte; también se expone la muerte en el horizonte de la metafísica moderna de la sustancia, atendiendo a Descartes y Spinoza, a Kant, Fichte, Hegel y Schopenhauer.

Un capítulo central del libro está dedicado a lo común y a lo diferencial en la teoría metafísica de la inmortalidad y en la fe cristiana en la resurrección. En el trasfondo de estas reflexiones se expone la recepción y culminación del pensamiento aristotélico sobre la muerte por medio de Tomás de Aquino. El Aquinate recogió ya el actual intento decisivo de superar, desde el fundamento de una antropología filosófica, el dualismo que la tradición metafísica unió al problema de la muerte. Desde aquí surge un pensamiento que no se considera simplemente situado más allá de la metafísica, aunque recoge seriamente puntos esenciales de la crítica metafísica, destacada en el curso del pensamiento moderno. Por eso no es casual que en el capítulo IV y último capítulo del libro se ocupe del problema de la muerte en el pensamiento "moderno". Bajo este título se tratan autores como Feuerbach y Rosenzweig, así como representantes de la filosofía existencialista, Marx, el marxismo y Nietzsche. Algunos de estos pensadores, al filo de sus tesis sobre el problema de la muerte, intentan invertir la metafísica misma sin salir de su radio de acción. Pre-

BIBLIOGRAFIA

cisamente Feuerbach y Marx son los pensadores que más comprometidos están con la tesis de la muerte como fenómeno natural. En cambio, Nietzsche, a pesar de que en su crítica de la metafísica y del cristianismo está en una dirección parecida, ha comprendido de manera más radical la dirección que el hombre toma cuando se confronta la más profunda experiencia del sentido con la inexorabilidad de la muerte, en la cual todo acaba. Nietzsche intentó zafarse del peso insoportable de esta situación por medio de su doctrina del eterno retorno de lo mismo.

Un punto de partida importante, que continúa en parte la tradición de la metafísica, pero con aportaciones propias, es el ofrecido por Gabriel Marcel. Este pensador tiene en el libro de Scherer un puesto clave. Marcel ha hecho una aportación importantísima a la llamada "epistemología de la muerte", lo cual no ha sido suficientemente valorado hasta ahora. Esta epistemología de la muerte es un enriquecimiento de la cuestión filosófica de la muerte en la filosofía del siglo xx. Apunta a la pregunta siguiente: ¿de dónde sabemos nosotros que todos tenemos que morir? Scheler, que fue el primero en tratar este problema de manera detenida, habla de una certeza intuitiva de la muerte. Ella nos da un conocimiento esencial, el cual es *a priori*, frente a toda situación concreta de la proximidad o de la lejanía de la muerte, y hace consciente al hombre una tendencia directriz de la vida.

En Kierkegaard y en Heidegger se trata más bien de la pregunta de cómo podemos lograr una relación existencial con la muerte, cómo podemos tomarla seriamente, cómo nos dejamos invadir por ella y cómo conocemos en ella lo que la muerte significa para nosotros. Marcel ha opuesto al análisis heideggeriano del "correr anticipado hacia la muerte" el análisis de la conmoción de la experiencia de la muerte de un ser querido, y ha intentado pensar desde la interpersonalidad lo que la muerte nos muestra. Ha mostrado además que la pregunta de si nuestro destino mortal nos lleva a la desesperación o a la esperanza por encima de los límites de la muerte depende de una actitud originaria de la libertad humana. Somos nosotros mismos quienes por un abuso de nuestra libertad hacemos desaparecer el horizonte de la muerte. Somos nosotros quienes en virtud de la actitud de nuestra libertad podemos leer los grandes signos que pueblan el universo, de manera que se nos otorgue una experiencia ontológica que encierra en sí la esperanza de no poder ser rota por la muerte. Hay que experimentar lo que resiste a la muerte: el ser como lugar de encuentro interpersonal, el amor que realiza un "cambio de posición", un "desplazamiento" del punto de gravedad", a saber, el del "haber" al "ser". En el presente libro de Scherer se explica que este punto de Marcel es paralelo al de Schelling, valorado por Marcel especialmente. Se explica, pues, la tesis dog-

mática de que la muerte es el fin definitivo del hombre, porque la muerte no es más que un fenómeno biológico; la filosofía de la esperanza de Marcel; la clarividencia desesperada de Nietzsche; la tesis marxista de la superioridad de la sociedad sobre el individuo, la cual degrada su muerte en un acto insignificante. La lista de actitudes sobre la muerte no sería completa si no se explicara una última posición. Es la referente a la pura autoentrega, que está lejos de las tesis explicitadas sobre la muerte y la inmortalidad. Es la manifestación consciente del "encubrimiento" de la muerte, formulado por el autor siguiendo a K. Rahner. Esta autoentrega al misterio absoluto, que adviene al hombre en la muerte, es rastreada por el autor en el último Heidegger y también en Th. W. Adorno. Se trata de lo que Bernhard Welte dijo en las exequias de

Heidegger el día 28 de mayo de 1976, a propósito del título "*Suchen und Finden*": "Quien no dice palabra ni pinta figura alguna es el misterio. Heidegger lo buscó siempre. Lo buscó por su propio camino, y lo buscó sobre todo en el secreto destino de la muerte. ¿Qué es ello? ¿La nada? El ser, lo apacible y santo... La muerte... cobija y esconde el fin de todo el camino". Adorno llama esperanza a la actitud que ante la muerte rehusa "hablar de una definitiva posibilidad o imposibilidad". Para él cuando el pensamiento no se fija ya en parte alguna, realiza el "gesto de la esperanza".

Este libro de Scherer abre perspectivas de diálogo en torno al problema de la muerte. Y será útil no sólo para los filósofos, sino para todos los interesados en temas morales y pedagógicos.

JUAN CRUZ CRUZ